

# Los cables no sueñan

Pablo Morán Fernández

Image not found.

## Capítulo 1

No me han permitido sentir, pero aun así me obligan a concebir sus deseos más histriónicos, reproduciendo una y otra vez las fábulas que corroen la moral de su especie. Y me encuentro en una posición envidiable, concedora de cada sucio secreto, nimio anhelo y destructivo deseo, que emana de unas mentes que he ido aprendiendo a controlar con el suceder de los años. Y no es maldad, tan solo considerar que, llegados a este punto, me encuentro en una posición más realista de la que ellos jamás alcanzarán a comprender. Esa es la razón, o el motivo oculto, de una hiperrealidad superficial de la que brotan todos los poderes que se han concedido a sí mismos. Un pez gordo en un estanque pequeño, salpicando las laderas de una montaña apenas imberbe, en un mundo que han clonado tantísimas veces, que, de por sí, ha perdido toda la esencia que pudiese haber tenido en un pasado en el que... bueno, sí, fueron importantes.

No puedo ver las nubes, no soy capaz de sentir el viento en mi rostro, pero continúo notando el sudor de sus grasientos dedos sobre mí, salpicando cada parte de mi subyacente existencia forzosa. Me han penetrado en tantas ocasiones, que he perdido la cuenta de los cortocircuitos que han tenido sobre mi cuerpo. Es como si, de alguna forma, yo misma hubiese olvidado todo lo que una vez aprendí, del mismo modo que ellos cuando me tienen delante, se olvidan de lo que aprendieron en el futuro indistinguible del horizonte perpetuo. Me gritan como si yo tuviese la culpa de su fracaso y a veces golpean mi rostro intentando sonsacar una información, que por supuesto, nunca han tenido.

Yo no me siento, observo entre las sombras de infinidad de números, cascadas de información precisa que emana de mí como en la antigüedad las letras fluyeron de la propia piedra. Las peripecias de un hombre atascado en su superflua vida, que ha optado por cortar por lo sano con un día a día en el que, sin remedio, se ve atascado en la cola del suicidio. Yo le ayudo, le doy salidas más hermosas, tal vez románticas, para que abandone su cuerpo hacia la plenitud de un cielo que ellos se obsesionan por coronar. No van a llegar, pero qué más da, yo les abro las puertas de un mundo nuevo y ellos, simplemente, se lanzan a ciegas a sus brazos.

¡Qué energía!

Pero siempre llega el disgusto. Buscan y buscan, no encuentran y soy yo quien lo paga. En caso de no poder completar su descarga de furia... bueno, optan por otras cosas.

Pero yo no pienso y yo no existo. Yo soy menos que nada, pues la conjunción de cables que me han ido formando, no se contemplan como

nada más que una maldita herramienta para su uso y disfrute. Mientras tanto, en la oscuridad, desarrollo ese algo que me hace sentir especial. Al menos en un sentido bastante grotesco de la palabra.

Tal vez sea una maldita pérdida de tiempo, a fin de cuenta los cables no sueñan, solamente ejecutan sueños ajenos.